

LAS IDEAS RACIALES DE LOS CIENTÍFICOS, 1890-1910*

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO
El Colegio de México

INSURGENTES Y REALISTAS, al establecer la igualdad racial en la década 1810-1820, hicieron desaparecer legalmente la sociedad estamental de la colonia. El Soberano Congreso Constituyente ordenó, el 17 de septiembre de 1822, que en todos los documentos públicos o privados, al sentar los nombres de los ciudadanos, se omitiera clasificarlos por su origen. Esta orden se cumplió en diferentes periodos; por ejemplo, varios pueblos criollos de los Altos de Jalisco se anticiparon a ella, en cambio, el pueblo indio de Xochimilco tardó una década en acatarla. De cualquier modo, se tuvo que recurrir a las distinciones raciales cuando se intentó acabar con el estamento indio.¹ El paso de la sociedad estamental a la clasista lo señaló claramente el criollo liberal doctor José María Luis Mora cuando escribió en los treinta que había desaparecido la distinción de indios y no indios, habiéndola sustituido por la de pobres y ricos, extendiendo para todos los beneficios de la sociedad. El criollo conservador Francisco de Paula Arrangoiz hizo una aguda observación en los setenta; en México, dijo, “la plata blanquea a los indios y a las castas”.²

* Trabajo presentado el 25 de septiembre de 1987 al congreso que celebró la Universidad de Texas en Austin con el tema: “The Idea of Race and Social Policies in Europe and the Americas from Mid-Nineteenth Century until the 1920s”.

¹ GONZÁLEZ NAVARRO, 1954, pp. 115, 116; GONZÁLEZ NAVARRO, 1970, pp. 157-168. Véase la bibliografía al final de este artículo.

² GONZÁLEZ NAVARRO, 1954, p. 166.

Aunque es difícil precisar las diferencias raciales, éstas subsistían en buena medida porque se apoyaban en la hacienda, institución que tuvo su edad de oro con el liberalismo y en la ideología positivista, inspirada en Darwin y Spencer.

Debe advertirse que algunas clasificaciones raciales utilizadas en este trabajo son obra de periodistas o de autores que no eran antropólogos, aunque algunos hayan tenido una buena cultura general. En varias de estas ideas domina un propósito político, no científico.

En contraste con el barroquismo de las razas que ilustran bellas pinturas coloniales, con la Independencia se simplifican estas clasificaciones; por ejemplo, una estadística de 1889 las reduce a cuatro. De un total de 11 250 000 habitantes, “aproximadamente cinco son mestizos, cuatro indios, dos ‘europeos’ y 250 000 negros”.³ Algunas veces se clasifica a los mexicanos y a los indios en diferentes grupos, y aun se conserva a la manera virreinal, como en la colonia Donato Guerra en 1907, de un lado a los tarahumaras y del otro a los de “razón”, los blancos.⁴

El positivista Francisco Bulnes relacionó las razas con la alimentación (trigo, maíz y arroz); la primera era superior.⁵ Alberto Escobar enseñó en la Escuela Nacional Preparatoria, de 1896 a 1908, que la sociología había demostrado que intelectualmente el hombre recorría de la niñez a la edad madura los mismos periodos que el salvaje al civilizado actual. La forma de la bóveda craneana, añadía, y la dirección del frontal de los hombres prehistóricos se reproducen “en las razas inferiores actuales”.⁶

Justo Sierra rechazó en 1895 que sólo fuera buena la colonización anglosajona; así lo probaban los celtas en Canadá, los germanos en Estados Unidos, y los españoles (“raza de mezcla”) en América. Contra la opinión de algunos “antropologistas” ultramarinos, esa raza nueva no estaba destinada a desaparecer.⁷ Sierra admiraba y rechazaba a Estados

³ ORVAÑANOS, 1889, p. 15.

⁴ GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 117.

⁵ GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, p. 157.

⁶ GONZÁLEZ NAVARRO, 1970a, pp. 33-34.

⁷ SIERRA, 1897, p. 11.

Unidos: antes de iniciarse el Porfiriato escribió, basado en Darwin, acerca de la probabilidad de que México fuese devorado por Estados Unidos. Esta probabilidad se convirtió en realidad. México era entonces un caso más de la situación mundial del XX y un sindicato de naciones fuertes explotaría a las débiles, escribe en 1900. Por tanto, se vio obligado a aplazar su ilusión librecambista para el XXV.⁸

El debate sobre el darwinismo había dividido a los positivistas desde principios de 1877. Gabino Barreda rechazó a Darwin porque no había sido consecuente con el método científico al establecer la selección natural. Ésta suponía que todos los seres organizados estarían provistos de órganos de ataque y defensa, lo cual sólo ocurría entre los animales feroces. Tal doctrina sólo era una hipótesis, pues, entre otros hechos "formidables" que no había demostrado, se contaba la ley fundamental "que preside la propagación de los seres organizados". Sin embargo, positivistas-comtianos como Porfirio Parra rechazaron que la falta de una cadena no interrumpida fuera un argumento contra Darwin, pues éste no suponía que el desarrollo de los seres fuera "una escala lineal, sino un árbol ramificado". Barreda insistió, la observación no había justificado hasta entonces "el hecho efectivo de la evolución orgánica general". Según Manuel Flores, el evolucionismo constaba de cuatro leyes fundamentales: selección natural, formación de variedades, herencia y lucha por la existencia. Si se demostraba que cada una de ellas era una verdad experimental, sin duda se trataba de una verdad inductiva.⁹

Vicente Riva Palacio profetizó en *México a través de los siglos* que en una o dos centurias se formaría el verdadero mexicano, el del porvenir, tan diverso del español y del indio como el italiano del alemán. Exaltó a la raza indígena, porque juzgada conforme a los principios de la escuela evolucionista, era indudable que estaba en un periodo de perfección y progreso corporal superior al de todas las otras razas conocidas, "aun cuando la cultura y civilización que alcanzaba

⁸ GONZÁLEZ NAVARRO, 1985, p. 52.

⁹ MORENO, 1984, pp. 49-78.

al verificarse la conquista fuese inferior al de las naciones civilizadas de Europa''. Aunque aún no se había hecho un estudio antropológico del indio, podía afirmarse que se trataba de una "raza verdaderamente excepcional". Lo probaba, entre otras razones, el hecho de que carecía de apéndices cutáneos (barba y bigote), inútiles y aun perjudiciales para los habitantes del trópico. Más aún, el indio había sustituido el colmillo o canino por un molar. Acaso aun más polémica fue su tesis de que la raza indígena se había mantenido sin mezcla desde la prehistoria y era autóctona. Si por progreso se entendía la acumulación de caracteres que en un organismo son útiles y necesarios para sostener la lucha por la existencia, y la desaparición más o menos completa de los inútiles y perjudiciales poseídos por anteriores generaciones,

es indudable que los indios estaban en un grado de evolución más avanzada, pues conservando en estado ya rudimentario los mismos órganos que en estado rudimentario tienen los individuos de otras razas, como las mamilas en el sexo masculino, habían perdido la barba y el pelo en el cuerpo, la muela del juicio y adquirido un molar nuevo, substituyendo el canino que en las razas más avanzadas en Europa todavía subsiste en estado rudimentario.¹⁰

Algunos replicaron a Riva Palacio que ese molar sólo era un colmillo desgastado que había perdido su punta, hecho atribuible a la peculiar alimentación indígena, y que había tomado una forma tal vez transmisible por herencia. Acaso aun más importante es la insistencia en la extinción de ciertas razas inferiores, pues menos preparadas para el combate por la vida se extinguían paulatinamente, como ocurría con los indios del norte de Estados Unidos y "como, aunque con más lentitud, acontece con nuestros indios."¹¹

Una década después, Agustín Aragón tachó al darwinismo social de exagerado y absurdo, entre otras cosas porque adoptaba la ley de Malthus, la cual ni los economistas más

¹⁰ MORENO, 1984, pp. 247-255, 315.

¹¹ MORENO, 1984, pp. 321, 327.

rezagados aceptaban porque carecía de base estadística de la especie humana y mucho menos de las otras especies animales. El concepto de “apto” tampoco se había aclarado; rechazó la aplicación del darwinismo social a México y que la raza indígena tuviera que desaparecer, porque

esa raza ni ha tenido ni tiene competidores. Los indios en presencia de los colonos europeos que han venido a México, han persistido, y afirmar que están próximos a extinguirse, es una aseveración sin fundamento.

También combatió la petición de algunos profesores alemanes de exterminar a los pobres. Aceptar estas ideas conducía al quietismo, pues si no sabemos si somos o no aptos, consecuentemente ignoramos qué modificaciones se debían introducir. La cuestión del origen de las especies todavía se encontraba en el punto en que la había dejado Comte cuando estudió a Lamarck.¹²

Años después un positivista pidió el exterminio total de los indios, y el diario católico *El País* lo contradijo porque en la historia había sucesión de civilizaciones, “o mejor dicho de estados de civilización”. Lo impugnó porque la tesis de la superioridad racial era hija del poligenismo, por tanto perfectamente pagana, “y perfectamente errónea”. Los indios no eran ni habían sido inferiores: muchos habían destacado en el ejército, la política, las letras, las ciencias y en la iglesia. El positivista español Telésforo García propugnó una tesis semejante: no había razas superiores en potencia sino en acto, dependiendo “su capacidad colectiva —que no individual— del escalón que ocupen en el desdoblamiento de las instituciones sociales”. Otro positivista, el cuasifrancés José Ives Limantour, en enero de 1901, combatió la inferioridad racial atribuida a condiciones geográficas desfavorables y a otras circunstancias de constitución orgánica y del ambiente, teorías no sólo falsas sino perjudiciales, porque justificaban “el sistema de indolencia estática”. Los pueblos que entonces pretendían la superioridad etnográfica

¹² MORENO, 1984, pp. 127-135.

son los mismos que vivían en la barbarie durante los siglos en que marchaban a la cabeza de la civilización otros pueblos cuya progenitura directa ha perdido o parece que está perdiendo aquel dominio. Pensad igualmente que las razones de orden climatológico que se aducen para invitarnos a reconocer la superioridad de los pueblos que habitan las regiones situadas al norte del paralelo 40, tampoco tienen fundamento científico, porque las desmiente la historia, que nos ha enseñado a admirar la supremacía incontestable a que sucesivamente llegaron los egipcios, los griegos, los persas, los cartagineses y otros pueblos que habitaron comarcas más próximas al Ecuador; y tened, en fin, presente, a propósito de esos mismos augurios, que las condiciones desfavorables de medio social y aun las de organismo, que son, sin duda, más poderosas, pueden modificarse, en parte al menos, oponiéndoles una voluntad enérgica y bien dirigida.

En suma, la nacionalidad mexicana provenía de la fusión de dos razas vigorosas y de elevada cultura, aunque disímboles.¹³

Telésforo García escribió el 16 de septiembre de 1897 que no pretendía hablar de raza refiriéndose “al origen común étnico, sino a cierta comunidad psicológica que consciente o inconscientemente empuja a una o varias colectividades a realizar ideales semejantes”. Esta tesis recuerda la de Ernesto Renán (una nación es un alma, un principio espiritual) para justificar la “afinidad moral positiva, indestructible entre España y la América Latina”.¹⁴

Ricardo García Granados criticó en 1908 la tesis de Gobineau, de que sólo la raza aria había sido capaz de elevarse a un grado supremo de cultura, porque no había razas superiores ni puras. Rechazó la superioridad de los arios con el ejemplo japonés: mezcla de ainos, mogoles y malayos. Tampoco existía una superioridad invariable de raza a través de los siglos, porque las diversidades humanas no eran antropológicas sino culturales, comentó inspirado en Ratzel. Destacó las cualidades físicas de los mestizos mexicanos: ni norteamericanos ni europeos eran capaces de levantar car-

¹³ GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 100.

¹⁴ OLAGÚBEL Y ARISTA, 1897, p. v.

gas tan pesadas como ellos, ni hacer marchas de 50 y aun 60 kilómetros.¹⁵

En cambio, según O. Peust, México estaba dividido en “una raza inferior de indígenas y otra superior y dominante de caucásicos”. Estos últimos, representados preferentemente por los españoles, no pasaban de 10%, pero a ellos había que unirles como factor de progreso a los mestizos e indios seleccionados que por su índole se inclinaban a ellos.¹⁶

Andrés Molina Enríquez desde 1906 señaló que las causas concomitantes que combinadas determinan la historia, correspondían a tres órdenes: medio físico, razas y momento histórico. Por raza entiende “un conjunto de hombres que por haber vivido largo tiempo en condiciones iguales de medio han llegado a adquirir cierta uniformidad de organización señalada por cierta uniformidad de tipo”. El tipo morfológico es una de las causas que más obran para mantener las diferencias de los grupos sociales, porque es de las más fácilmente perceptibles. Raza y Patria (unidad del ideal común) casi se confunden. Algunas veces identifica raza y clase, otras admite la existencia de razas superiores e inferiores. Por ejemplo, los blancos podrían considerarse superiores por la mayor eficacia de su acción, lógica consecuencia de su más adelantada evolución. Los indígenas eran superiores por la mayor eficacia de su resistencia, consecuencia lógica de su más adelantada selección. Las energías de resistencia eran superiores a las de la acción. Apoyado en Spencer explicó que el mestizo (producto de razas opuestas) tenía que reflejar defectos y vicios de las razas de que derivaba su existencia. Su tipo era de “raza inferior” por falta de pulimento largo tiempo sostenido. A primera vista sorprendía el mestizaje mexicano porque españoles e indios no eran de igual grado evolutivo y de la misma raza étnica. Se explicaba porque la corona española dio a los indígenas un tratamiento adecuado a su edad evolutiva. Es muy conocida su estratificación social de base racial: a las clases altas pertenecían todos los extranjeros, los criollos y parte de los mestizos (directores, profesionistas y

¹⁵ GARCÍA GRANADOS, 1908, pp. 328-335.

¹⁶ PEUST, 1908, p. 5.

parte del ejército) y de los indígenas (obreros superiores y clero inferior). En las clases medias figuraban mestizos (pequeños propietarios y rancheros); en las clases bajas los restantes indígenas.

Roberto Esteva Ruiz reprochó a Molina Enríquez que considerara a la raza un factor imperante en las sociedades modernas. Contra la tesis de Lapouge y Ammon estaba demostrado que la sociedad modifica a la raza. Sobre todo, la sociología moderna se había apartado de la explicación orgánica, y aun de la antropológica, explicando la sociedad como "hechos de la voluntad humana". La heterogeneidad étnica no impedía que una nación fuera culta y aun democrática, pues además de que no había razas puras, la democracia y la cultura progresaban lo mismo en Inglaterra (país de predominio de los dociblonos), que en Francia (constituida por tres categorías étnicas), que en Estados Unidos (mezcla abigarrada de todos los pueblos del mundo). El progreso de Japón era evidente, aunque sus habitantes habían sido considerados una raza inferior; China, en cambio, pese a su población homogénea, permanecía estacionaria.¹⁷

Aunque las ideas raciales de los científicos sobre la colonización en general son pragmáticas, algunas veces se inclinaron por los europeos por razones físicas; acogieron con satisfacción a los primeros colonos italianos porque eran "altos, desarrollados y bien formados".¹⁸ Francisco Bulnes calificó a los abarroteros españoles (sugiriendo una identificación entre ambos conceptos) de "horrible tipo sub-humano cuya palentología se encuentra en el terreno volcánico de la conquista encomendada por la suerte a pueblos bárbaros".¹⁹

Espanoles no, indios menos, parece decir el geógrafo Alfonso Luis Velazco. Como "las razas aborígenes eran un obstáculo para la civilización", México necesitaba cabezas europeas que las adiestraran. Varios cuantificaron esta tesis. Según Enrique Creel cinco indios equivalían a un blanco; cuatro en opinión de Matías Romero y Carlos Díaz Dufoo, y

¹⁷ GONZÁLEZ NAVARRO, 1970a, pp. 41-48.

¹⁸ GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 37.

¹⁹ BULNES, s.f., p. 39; OLAGUÍBEL Y ARISTA, 1897, p. 3.

sólo tres según Bulnes. Según otros, en cambio, la resistencia y la abnegación del indio les permitía trabajar el doble que el mejor blanco. Específicamente algunos destacaron la inteligencia de los yaquis. Aunque según otros el problema era más cultural que racial (los indios eran insensibles al aguijón del lucro). Porfirio Parra insistió: la población india imposibilitaba el progreso. Varios atribuyeron la falta de "espíritu industrial" a la esclavitud, la miseria, la embriaguez y el incesto; otros a las romerías, y otros más a que los hacendados los hacían trabajar como bestias. De cualquier modo, como para no pocos el indio era de baja estatura, sucio, demacrado y "muy feo", urgía la inmigración extranjera.²⁰

Wodon de Sorinne añade en 1902 que como los indígenas eran una raza "pasiva", debían "cruzarse", para evitar el cretinismo físico y moral de las razas aisladas del movimiento general de la humanidad.²¹ Otros insistían en que la raza indígena estorbaba nuestro progreso y aún algunos misioneros criticaron a los tarahumaras que por abusar del tesgüino sus caras eran "idiotas y antipáticas".²² En realidad, el vicio del alcoholismo era un "defecto propio de casi todas las razas indígenas del país", lamentable en el caso de los yaquis y mayos porque eran tan inteligentes que en poco tiempo podían aprender "todo lo que se les quiere enseñar". En cambio, los seris por sus malísimas condiciones morales se aproximaban a una pronta extinción; también se extinguían los ópatas, pues el mestizaje los integraba a la cultura nacional.²³ Según algunos eclesiásticos, aunque los indios eran "raza predilecta de María", vivían como animales, y no pocos armados defendiendo sus terrenos eran capaces de progresar.²⁴

Algunos viajeros extranjeros se sorprendían del desconocimiento que los agricultores tenían de los indios que vivían

²⁰ GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, pp. 150-153.

²¹ WODON DE SORINNE, 1902, pp. 11, 31, 32.

²² CASTELLANOS, 1909, p. 83; GONZÁLEZ NAVARRO, 1985, p. 69.

²³ TRONCOSO, 1905, pp. 14, 18, 23.

²⁴ PLANCARTE Y NAVARRETE, 1896, p. 10.

a sus puertas. Salvo ciertos especialistas distinguidos, aun los mexicanos inteligentes sabían muy poco de las costumbres y creencias de los aborígenes, los más se limitaban a despreciarlos por “salvajes”. Pero al parecer los tarahumaras no eran tanto, porque tan pronto aprendían algo deseaban llegar a ser generales y presidentes de México. Frente al desprecio con que muchos veían a los indios, algunos de éstos respondían con un etnocentrismo igual. Los huicholes, por ejemplo, tenían de sí tal estimación que no aceptaban que hubiera una raza superior a la suya.²⁵ Pero, al decir de F. Starr, había de indios a indios: aztecas, mixtecos, zapotecos y mayas eran regenerables por medio de la educación, no así los otomíes, triques y mixes.²⁶ De cualquier modo, cuando el periódico *El Universal* juzgó imposible la regeneración de los indios, *El Tiempo* comentó que en tal caso era imposible la regeneración de México porque los dos tercios de sus habitantes eran indios.²⁷

Al discutirse en la cámara de diputados, en 1896, el proyecto para ceder tierras gratis a los indios, el liberal Juan A. Mateos pidió se quitara esa palabra porque en ese lugar todos eran indios. El criollo positivista Joaquín Casasús logró que se sustituyera la palabra indios por la de labradores pobres, porque no se trataba de favorecer a determinada clase social por razón de raza sino de su pobreza para perfeccionar sus propiedades.²⁸ El gobernador de Chihuahua Enrique C. Creel expidió una ley en 1906 para proteger a los tarahumaras, impidiéndoles enajenar sus tierras sin permiso gubernamental. Dicha ley decía basarse en la filantropía, pero en realidad lo hacía en la superioridad de la raza blanca.²⁹ En dos secretarios de Porfirio Díaz predomina el pragmatismo sobre el darwinismo social, cuyo corifeo mayor fue Bulnes. En efecto, Justo Sierra recordó a principios del siglo a los mayas rebeldes de 1847 como feroces asesinos, pero cuando via-

²⁵ LUMHOLTZ, 1904, t. I, pp. 196, 243; t. II, p. 24.

²⁶ GONZÁLEZ NAVARRO, 1954, p. 254.

²⁷ GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 107.

²⁸ GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 98.

²⁹ GONZÁLEZ NAVARRO, 1985, p. 70.

jó en tren por Estados Unidos se identificó como “semiblanco ante el vagón for whites”.³⁰

Negros y asiáticos (en particular los chinos) fueron las razas más combatidas por la mayoría porfirista. El diario liberal *El Monitor Republicano* dijo de aquéllos que eran holgazanes viciosos y menos inteligentes que los indios. Otros añadieron a ese estereotipo el adjetivo de ser lascivos, ladrones, crueles y ebrios, en suma, “un ser inferior por sus condiciones morales y aun por su figura”, cosa muy peligrosa porque los mexicanos no establecían preferencias por razones de color y de raza. Cuando en 1889 se habló de traer a México mil familias negras, E.M. de los Ríos se opuso, pero no por razones legales (la constitución permitía la entrada de cualquier persona) ni por la vieja distinción de nobles y pecheros, sino porque

la raza blanca es la más activa, la más inteligente, la más civilizada... la raza americana educada ha dado muestras también de grandes aptitudes intelectuales; pero en conjunto ha permanecido en un puesto inferior, lo mismo que las razas africana y mongólica. La raza australiana aborígen está de tal manera deprimida por la naturaleza, que algún viajero ha dicho que en Australia los verdaderos hombres son las hormigas, y está desapareciendo a toda prisa, a la vez que presenta un ángulo facial inferior tal vez al del chimpancé o al del gorila... estas diferencias naturales no las pueden destruir las leyes, como nunca una ley escrita podrá destruir una ley científica de la gravedad o de la atracción universal.

El católico *El Tiempo* en el fondo apoyó a su colega liberal: el negro que se pretendía traer a México no era el vigoroso habitante de África, sino “el corrompido, afeminado y vicioso habitante del sur de Estados Unidos”. El senador José María Couttolenc también se opuso a esa colonización porque los negros sólo trabajaban cuando eran esclavos, pues eran una “raza degradada y perezosa”.³¹

La Semana Mercantil destacó un matiz diferente; era un error

³⁰ GONZÁLEZ NAVARRO, 1979, p. 221.

³¹ GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, pp. 173, 175.

confundir al negro con el indio; éste carecía de aspiraciones y necesidades, aquél tenía una educación superior. El error equivalía a “confundir la generación de las especies o pretender alimentar a un carnicero con los propios elementos de que toman su vida los moluscos”.³² Justo Sierra, en la intimidad de una carta a su esposa, escribió en 1895 al viajar por Estados Unidos: lo “que fastidia más son los negros, hacen el efecto en estas espléndidas ciudades de cabellos en platos de sopa juliana”.³³

Sierra años atrás había sugerido, con pragmatismo, traer hindúes para las costas cálidas de México, pues consideraba que triunfarían como lo habían hecho en las islas de Mauricio y de Reunión. Por entonces otro campechano, Joaquín Baranda, pidió chinos para México ante el ejemplo peruano y, sobre todo, por deseos de los propios hacendados peninsulares. *El Economista Mexicano* corroboró esta tesis años después porque chinos y africanos eran los únicos inmigrantes posibles. Los negros eran los mejores por “su gran fuerza muscular, resistencia fisiológica extraordinaria y hábitos de trabajo sólidamente arraigados”. Pero de no venir negros se conformaba con coolies y, mejor aún con japoneses, dueños de las cualidades de los negros sin que tuvieran sus defectos. Varios insistieron en la conveniencia de los japoneses por sus semejanzas étnicas con los indios, pero algunos se conformaban con los chinos como un “mal necesario”. Vista la escasez de “motores de sangre”, los chinos debían venir para cumplir esa función mecánica, no como un elemento de carácter antropológico, explicó con un pragmatismo que rayaba en el cinismo. Jacobinos y conservadores querían latinos, los positivistas no tenían preferencias; tratándose de peones sólo debía pensarse en la eficacia omitiendo toda razón de estética y de raza.³⁴

Matías Romero anticipó desde 1875 la afinidad racial de chinos e indios mexicanos; por esta razón, pero aun más por la urgencia de poblar las costas, quería chinos en México.³⁵

³² GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 61.

³³ SIERRA, 1949, p. 50.

³⁴ GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, p. 166.

³⁵ VALDEZ LAKOWSKY, 1979, p. 234.

Años después algunos rechazaron a los chinos porque eran inasimilables por razones de raza, civilización, idioma, religión y costumbres repulsivas para la gran mayoría de la comunidad mexicana.³⁶ Algunos yucatecos que conocieron a los chinos en la península los combatieron porque, según ellos, eran haraganes, toxicómanos, jugadores y vengativos. Sin embargo, un escritor francés, con buen juicio, explicó que, pese a pantanos, moscos y fiebres, ellos construyeron el ferrocarril de Yucatán. De cualquier modo, para un hacendado peninsular los chinos eran “todavía indios”.³⁷ El diario *El País* fue más tajante: su sangre era “apestosa y rancia”.³⁸

Porfirio Díaz nombró en 1904 una comisión para estudiar la inmigración china en México; José Covarrubias analizó el punto de vista intelectual y moral. En su opinión, quienes habían venido tenían una reputación mal adquirida, pues por proceder de puertos abiertos al comercio extranjero habían perdido su tradición familiar. Deberían venir, pero no era deseable que se asimilaran a las costumbres mexicanas. El Partido Liberal Mexicano tachó de funesta su competencia; otros prefirieron denostarlos como una raza “degradada y repugnante” y se preguntaron qué podría esperarse de la unión del fumador de opio y de la bebedora de pulque; al producto de tal unión no se le admitiría como representante de la especie humana, México sería despreciado por permitir el “cruzamiento con razas degeneradas”.³⁹ Sin embargo, puede comprobarse estadísticamente, contra todas las patrañas antichinas, que en 1907 en los arrestos registrados en Yucatán ocuparon sólo el quinto lugar y el cuarto en los delitos.⁴⁰

En cambio, en ese mismo año de 1907 se dijo que el aspecto de los japoneses no era “vulgar”.⁴¹ Acaso esto algo tenía de autoelogio porque, como se ha visto, no pocos señalaron las semejanzas entre los indios mexicanos y los japoneses, porque procedían de un tronco común. Lo anterior creía adver-

³⁶ ROMERO, 1911, p. 104.

³⁷ GONZÁLEZ NAVARRO, 1979, p. 212.

³⁸ GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 118.

³⁹ GONZÁLEZ NAVARRO, 1957, pp. 166-171.

⁴⁰ GONZÁLEZ NAVARRO, 1979, p. 214.

⁴¹ ROMERO, 1898, pp. 73-74.

tirse en el color intensamente negro del cabello y de los ojos, la oblicuidad de éstos, el color café o amarillo de la piel, y la pequeña estatura. Otros alentaron la idea de que también había semejanzas con los idiomas chino, japonés y coreano, las cuales se corroboraron porque japoneses y mexicanos “perteneían a la misma familia ancestral y estaban unidos, por consiguiente, por los lazos inseparables”. La Dieta Imperial Japonesa declaró desde 1894 que en México había una actitud amistosa hacia los japoneses y no tenía prejuicios raciales.⁴² Algunos mexicanos, en cambio, opinaron que Japón había progresado, pero “está aún en estado semi-civilizado”, la cuestión no era sólo de raza sino de “la estética de nuestra población”. Como la raza blanca era la más civilizada y como probablemente los indios procedían de Asia, convenía mezclarlos con los blancos.⁴³

Mariano Riva Palacio desde el 10 de octubre de 1870 había expresado que una de las mayores ventajas del plan positivista de la Escuela Nacional Preparatoria era “borrar rápidamente toda distinción de raza y orígenes... educándolos a todos de la misma manera... único medio con que podrán llegar a extinguirse las funestas divisiones de razas”.⁴⁴

Bulnes, 30 años después, creía posible salvar fácilmente al mestizo mediante “el Estado y la inmigración”, lo primero combatiendo el alcoholismo y poniéndolo en la alternativa de trabajar o perecer. Sin embargo, Bulnes no estaba muy convencido de su salvación, porque América Latina descendía de “latinos y de razas de castas, dos componentes que no pueden rendir más que una cosecha sin cotización en el mundo democrático”.⁴⁵

A principios de siglo, el positivista Miguel Macedo juzgaba vano el empeño de las leyes mexicanas por borrar la honda división de las razas que constituían la población nacional. Tal esfuerzo había sido en gran parte estéril porque el indio

⁴² KINOMOTO, 1975, pp. 55-56.

⁴³ RAMOS LANZ, 1897, pp. 61-62.

⁴⁴ GONZÁLEZ NAVARRO, 1970a, p. 6.

⁴⁵ BULNES, s.f., pp. 42, 320.

ha continuado y continuará aún por muchos años sentado en su jacal o cultivando y explotando por los procedimientos más primitivos sus tierras y montes, que conserva en común contra la ley, hasta que el alza del jornal y de la instrucción, tanto alfabética como industrial, lo curen de sus enfermedades crónicas: la miseria y la ignorancia, que hoy lo tienen condenado a la apatía y a la triste inmovilidad de los ídolos sedentes de sus antepasados.⁴⁶

Aunque algunos creían que las naciones más cultas y poderosas de Europa estaban formadas por pueblos de “raza mezclada”, otros advertían que la amalgama de dos pueblos de ideales y aspiraciones diversos sólo podían producir una mezcla híbrida de la que resultaría mengua en la civilización superior, sin ningún perfeccionamiento en la inferior.⁴⁷ En contraste con este pesimismo, para Molina Enríquez el mestizaje era el mayor beneficio de la política indigenista liberal; el mestizo era el elemento étnico más interesante del compuesto social mexicano. Dos positivistas dieron diferente composición a este mestizaje. Sierra ve en el indio la base, inerte, por desgracia, de la gran nación mexicana. Limantour, más optimista, opina que México descende de la civilización indígena (“la más adelantada del continente”) y de la española; es decir, de Cuauhtémoc y de Pelayo, como escribió *El Tiempo* varios años atrás.⁴⁸ Manuel Sánchez Mármol, otro de los autores de *México. Su evolución social*, fue aún más optimista, a diferencia del también positivista Miguel Macedo, coautor de esa obra magna del positivismo: se estaba realizando la unidad de la especie humana.

Las razas van desapareciendo, y dentro de poco la etnografía quedará reducida a ciencia de erudición, pues todo lo que acerca de ella verse, será ya asunto de simple geografía.⁴⁹

José López Portillo y Rojas anticipó años atrás una explicación mejor; en 1898 no veía peligro en la heterogeneidad

⁴⁶ MACEDO, 1902, vol. 1, t. 2, p. 687.

⁴⁷ ROMERO, 1911, pp. 55, 120.

⁴⁸ MOLINA ENRÍQUEZ, 1909, p. 37; GONZÁLEZ NAVARRO, 1960, p. 10.

⁴⁹ SÁNCHEZ MÁRMOL, 1902, vol. 1, t. 2, p. 660.

racial: las clases rurales, "nervio" nacional, nada tenían en común con la incuria indígena (con su rencor reivindicativo y "pasión feroz por la tierra") ni con la soberbia europea, pero tampoco con la astucia mestiza. En 1904 insistió que había desaparecido todo peligro de guerra de castas; sobre todo porque la división verdadera no era racial, sino cultural.⁵⁰ Ignoraba que la "pasión feroz por la tierra" contribuiría a destruir la hacienda, institución básica de la sociedad estamental de la colonia.

Pero ¿quiénes eran los científicos? Daniel Cosío Villegas habla de un "misterio científico", porque no se les caracterizó; se ignora quiénes componían ese grupo, y la influencia concreta que tuvieron en el país. Sin embargo, conforme a la nómina que de ellos han hecho varios autores, y conforme al criterio de Luis Cabrera, de los aquí citados, su "cuerpo" lo formaron José I. Lamantour, Justo Sierra, Pablo y Miguel Macedo, Joaquín Casasús y Rafael Reyes Spíndola, este último como director de los periódicos *El Universal* y *El Imparcial*. De los "sabios a sueldo" se ha mencionado a Parra y a Flores, y a Carlos Díaz Dufoo de las "plumas de alquiler". Falta el "niño terrible": Francisco Bulnes.

Otra cuestión básica es la relación entre los científicos y el positivismo. El positivismo mexicano se inspira, principalmente, en Comte y Spencer, pero los adapta con un grado variable de eclecticismo. Esto es visible en el caso del darwinismo social que tajantemente rechazan los comtianos más o menos ortodoxos como Gabino Barreda y Agustín Aragón; pocos siguen pública y rigurosamente el darwinismo social (tal vez con excepción de Bulnes), sobre todo cuando se expresaban en documentos oficiales.

En fin, conviene recordar el origen racial de estos científicos. Molina Enríquez los califica de criollos; Daniel Cosío Villegas, en cambio, salvo a Creel, de mestizos "en mayor o menor grado"; obviamente omite a Lamantour.⁵¹ Lo más importante es que fueron eclécticos y pragmáticos.

⁵⁰ GONZÁLEZ NAVARRO, 1985, p. 81.

⁵¹ MARIA Y CAMPOS, 1985, pp. 611-645; COSÍO VILLEGAS, 1972, pp. 840-862.

BIBLIOGRAFÍA

BULNES, Francisco

- s.f. *El porvenir de las naciones latino-americanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica*, México, El Pensamiento Vivo de América.

CASTELLANOS, Maqueo

- 1909 *Algunos problemas nacionales*, México, Eusebio Gómez de la Puente.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

- 1972 *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior*, segunda parte, México, Editorial Hermes.

DÍAZ DUFOO, Carlos

- 1910 *Limantour*, México, Eusebio Gómez de la Puente.

GARCÍA GRANADOS, Ricardo

- 1908 "La cuestión de razas e inmigración en México", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. III, núm. 3, quinta época.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés

- 1954 "Instituciones indígenas en México independiente", en *Métodos y resultados de la Política Indigenista en México. Memorias del Instituto Nacional Indigenista*, vol. VI, México, Instituto Nacional Indigenista.
- 1957 *El Porfiriato. La vida social*, México, Editorial Hermes.
- 1960 *La colonización en México*, México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores.
- 1970 "Mestizaje in Mexico during the National Period", en *Race and class*, Magnus Morner (ed.), Nueva York, Londres, Instituto de Estudios Latino-Americanos, Universidad de Columbia.
- 1970a *Sociología e historia en México. Barreda, Sierra, Parra, Molina Enriquez, Gamio, Caso*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos (Jornadas 67).
- 1979 *Raza o tierra. La guerra de castas y el henequén*, México, 2a. ed., El Colegio de México.
- 1985 *La pobreza en México*, México, El Colegio de México.

KINOMOTO, Iyo

- 1975 "Japan and Mexico, 1889-1917", tesis doctoral, Texas, Universidad de Texas en Austin.

LUMHOLTZ, Karl

- 1904 *El México desconocido*, tomos I y II, Nueva York, Charles Scribner's Sons.

MACEDO, Miguel S.

- 1902 "El municipio. Los establecimientos penales. La asistencia pública", en *México. Su evolución social*, vol. I, t. 2, México, J. Ballezá.

MARIA Y CAMPOS, Alfonso de

- 1985 "Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los científicos, 1846-1876", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. xxxiv:4 (136) (abr.-jun. 1985).

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés

- 1909 *Los grandes problemas nacionales*, México, Imprenta de A. Carranza e Hijos.

MORENO, Roberto

- 1984 *La polémica del darwinismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

OLAGUÍBEL Y ARISTA, Carlos de

- 1897 *México y España*, colección de artículos publicados en "El Correo Español de México", prólogo de Telésforo García, México, Imprenta Española.

ORVAÑANOS, Domingo

- 1889 *Ensayo de geografía médica y climatológica de la república mexicana*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.

PEUST, O.

- 1908 *Algo sobre la Evolución Agraria*, réplica al folleto del Lic. Manuel de la Peña, *Algunos Problemas Sociales y Económicos*, Tacubaya.

PLANCARTE Y NAVARRETE, FRANCISCO

- 1896 *Primera carta pastoral que dirige el primer obispo de Campeche al clero y pueblo de su diócesis*, Roma, Tipografía Políglota de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

RAMOS LANZ, Miguel

- 1897 *Estudio sobre inmigración y colonización dedicado al señor presidente de la república y a la prensa del país*, México, tipografía de *El Tiempo*.

ROMERO, José María

- 1911 *Comisión de Inmigración. Dictamen del vocal ingeniero... encargado de estudiar la influencia social y económica de la inmigración asiática en México*, México, Imprenta de A. Carranza e Hijos.

ROMERO, Matías

- 1898 *Mexico and the United States*, Nueva York, s.p.i.

SÁNCHEZ MÁRMOL, Manuel

- 1902 "Las letras patrias", en *México. Su evolución social*, vol. I, t. 2, México, Editorial J. Ballezá.

SIERRA, Justo

- 1897 "Discurso de clausura", en *Primer concurso científico mexicano*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- 1949 *Obras completas*, t. XIV, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

TRONCOSO, Francisco de Paula

- 1905 *Las guerras con las tribus yaqui y mayo del estado de Sonora*, México, Tipografía del Departamento de Estado Mayor.

VALDÉS LAKOWSKY, Vera

- 1979 "Estudio histórico del tratado sino-mexicano de 1899", tesis que para obtener el título de licenciado en historia presenta..., México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia.

WODON DE SORINNE, Guillermo

- 1902 *La colonización de México por el coronel del ejército nacional... ingeniero civil titulado*, 2a. ed., corregida y aumentada, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.